

ANTONIO GALA



*La pasión
turca*

Antonio Gala



La pasión turca

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Antonio Gala, 1993

© Fundación Antonio Gala, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 14.907-2023

ISBN: 978-84-08-27664-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMER CUADERNO

Yo MISMA HABÍA LLEGADO a convencerme de que mi matrimonio era perfecto. Las cuestiones que al principio me planteé dejé de planteármelas. No se resolvieron por eso, pero al menos no las tuve a todas horas delante de los ojos. Miraba hacia otro lado, pensando que la vida es tan grande como el mundo, o más grande aún que el mundo. La desgracia —me repetía— proviene, o se agranda, de no estar pendiente más que de una carencia, de una desilusión, de una añoranza. Si un huerto no da lechugas, no hay que dejarlo yermo, sino sembrar otras hortalizas y encontrar en ellas una compensación.

Ramiro estaba considerado como el muchacho más guapo de Huesca. Ahora me parece que eso no es mucho decir; entonces me parecía suficiente. Era el hermano mayor de Adela, una chica de mi edad, fea y desangelada, con la barbilla hundida, la mandíbula superior en pico, unos dientes pequeños y afilados y unas encías pálidas que enseñaba al reírse, lo que no era frecuente por fortuna. Adela había sido compañera de clase mía en el instituto, y no guardaba de ella los mejores recuerdos. Quizá su fealdad la había transformado en resentida, acusica y empollona; a pesar de todo, nunca sacaba buenas notas. Laura, Felisa

y yo éramos las que más la detestábamos: fue esa aversión común lo que desde el primer momento nos unió.

Ramiro había decidido no perder tiempo estudiando una carrera larga. Hizo unos cursos de empresariado mientras trabajaba ya en una sociedad de seguros que acababa de inaugurar una sucursal. Como en todas partes, allí empezó a pisar fuerte también. Lo conocíamos todas y, cuando nos lo cruzábamos en el ir y venir de los Porches de Galicia, antes o después del cine, cogidas las tres amigas del brazo como tres bobas, nos entraba una risa floja y cómplice que a él le hacía sonreír. Era alto y rubio, con los ojos claros. Oficialmente lo conocimos en la romería al Cerro de San Jorge. Iba vencido abril y hacía un día tan tibio que nos habíamos desabrochado las blusas. Las urracas revoloteaban entre los cipreses y los pinos de la ladera. Se oía, suavizado, el runrún de la ciudad y, desde la cima, se la veía dormida con la catedral al fondo. De cuando en cuando, se escuchaba el estridente grito de los pavones que semejaba descender del alto cielo azul. Laura, Felisa y yo organizábamos la merienda cuando se presentó Adela con Ramiro. Nos lo presentó de mala gana. Laura los invitó a merendar, y aceptaron. Lo primero que dijo fue:

—¿Sabíais que esta ermita fue un heroico baluarte en la defensa de Huesca cuando la guerra?

—Sí —contestó Laura—, está escrito en la puerta; pero para lo que sirvió...

Ya estudiábamos las tres en Zaragoza y empezábamos a tener nuestras propias ideas morales y políticas. Supongo que ninguna de ellas se ha cumplido. Una de las más tenaces era reaccionar frente a los matrimonios antiguos, esa cruz de las mujeres de nuestras familias que se limitaban a acatar al marido, organizar la casa y sobrevivir sin personalidad ninguna. Nosotras tres queríamos ser libres, trabajar en lo nuestro y tener opiniones. Laura y yo estudiábamos

Letras, aunque ella derivaba hacia la Sicología, y Felisa, Farmacia. Sin darnos cuenta, las tres hacíamos compatible nuestro progresismo, que estimábamos muy avanzado, con la esperanza de un príncipe azul...

Ahora recuerdo —no sé si como fueron, o poniendo yo algo de mi posterior cosecha, tan escasa— las conversaciones que manteníamos las tres en nuestro diminuto piso de estudiantes. Más exacto sería decir que Felisa y yo escuchábamos a Laura. Ella, de tanto en tanto, nos largaba su rollo macabeo, como llamaba a repasar en alta voz sus temas. Las tres entonces íbamos a ser heroínas, a batirnos el cobre por nuestros semejantes, a levantar la bandera de la feminidad y de los logros de nuestro deprimido sexo.

—La debilidad del cachorro humano —comenzaba Laura mientras hacía el té— obliga a cuidarlo y adiestrarlo durante muchos años. Eso lo convierte en superior a los de otras especies, y hace que conserve la curiosidad y la capacidad de sorpresa propias de la infancia a lo largo de toda su vida. Tales virtudes son las que suscitan a los poetas y a los sabios, porque la poesía y la ciencia nacen de la perplejidad.

—Siendo así —interrumpía Felisa, que empezaba a comer la primera los bollos y las pastas—, las niñas, que somos más débiles y más dependientes que los niños, nos transformaremos en mujeres más inteligentes que los hombres.

—Por lo menos, según la educación que nos han dado —intervenía yo—, habremos aprendido a gustar, a seducir, a engañar, a conocer el interior de los varones, a verlos venir y, por lo tanto, a dominarlos.

Laura, molesta, retomaba el hilo de su discurso:

—Las hembras de los mamíferos, primas hermanas nuestras...

—No lo dirás por mí: sólo he comido un bollo —la interrumpía Felisa.

—Esas hembras, repito, son, desde luego, más inteligentes que sus machos. Sencillamente porque luchan por su vida y la de sus crías más que ellos y porque saben a la perfección las tareas de la manada.

—Y, por si fuera poco —interrumpía de nuevo Felisa—, los machos se dedican a pelear por ellas. Que se jodan.

—En realidad —aclaraba Laura—, también se pelean por el alimento y por el territorio. Incluso, sin el pretexto del territorio, ni de las hembras, ni de la comida. Los machos se pelean, en general, por el poder.

—Qué desilusión —exclamábamos a un tiempo Felisa y yo.

—Un momento, un momento: las hembras sólo les conceden el derecho a cubrirlas. Se entregan al más fuerte y, una vez fecundadas, se retiran para dedicarse a ellas mismas y a sus camadas. Hasta hay ocasiones —se echaba a reír con picardía— en que mientras los machos, ya talluditos, litigan sobre quién será el primero, son seleccionados los más jóvenes por el instinto de las hembras, que se entregan a ellos a espaldas de los luchadores... Sucede como a menudo con los hombres: el dominante es vencido por la alianza de los débiles, que imponen su orden nuevo y dejan con tres palmos de narices al macho ganador. Uno cuida la viña y otro se la vendimia. Lo importante para la Naturaleza es perdurar. Y para eso la maternidad es lo imprescindible.

—Bueno, pero a la maternidad se llega por... —comenzó Felisa.

—Cállate de una vez, que me cortas el hilo. Es curioso que, así como la maternidad enlaza a cada hembra con todas las demás, porque significa la solidaridad de la especie y una delegación de la Naturaleza, la paternidad es lo que individualiza al hombre, no sólo frente al resto de

los machos de la zoología, sino frente al resto de los hombres. Nosotras, al ser madres, somos más animales; el hombre, al ser padre, es más humano. En los animales la paternidad no es decisiva: se acaba con la fecundación o muy poco después.

—¿Quieres decir que la mujer madre no es humana?
—preguntaba yo con asombro.

—No quiero decir nada de eso, puesto que pare hombres. Lo que quiero decir es que, desde que el patriarcado destronó al matriarcado, la Humanidad se ha despegado tanto de su animalidad que nosotras hemos ido perdiendo primacía, poder e independencia. Antes los machos (cualquier macho, era igual) valían para lo que valían y adiós; ahora las mujeres nos vemos limitadas a cumplir el oficio de madres. Hay que ver qué timo el patriarcado. No sé si me entendéis: la repartición de los bienes originó la propiedad privada; la moralidad y el respeto a la familia originaron la prostitución; el nuevo orden machista originó la desigualdad y el desorden; la búsqueda de la fraternidad originó toda clase de diferencias; el establecimiento del derecho dio origen a las jerarquías; las religiones, a la culpa y a las penitencias; nuestras necesidades amorosas y el mantenimiento de la prole originaron el culto a la paternidad... A eso se llama salir el tiro por la culata. A nosotras ya no nos queda otro destino que la familia: somos hijas, esposas y madres nada más. En lugar de educar a las niñas para que deseen por su cuenta y riesgo, se las educa para que deseen sólo ser deseadas.

Felisa y yo nos rebelábamos abandonando las tazas de té.

—Contra eso hay que luchar —gritábamos puestas en pie.

—Es muy difícil. Ya perdimos esa lucha una vez... Claro, que hay que tener en cuenta lo que ha escrito la Beau-

voir: hacerse la deseada es muy distinto de ser un objeto pasivo. Una amante no se está quieta nunca: se renueva. Debajo del aparente abandono femenino hay una auténtica promoción; si alguna es elegida es porque subrepticamente eligió antes; el seductor es seducido de antemano, aunque no lo perciba. Ese juego de los instintos está a nuestro favor, pero hay cosas en contra. Por ejemplo, la materialidad misma de los sexos, de los sexos físicos. —Felisa y yo nos mirábamos al mismo tiempo ruborizadas y orgullosas de nuestro descaró—. El del varón es evidente, exterior, de uso fácil y limpio; en él coinciden la finalidad, la disposición y el deseo; o sea, la función ha creado visiblemente el órgano. Por el contrario, nuestro sexo está oculto (y aún lo ocultamos más, porque el pudor es, por lo visto, nuestra principal virtud); es mucho más complicado y, como mínimo, doble.

—¿Doble? —preguntábamos Felisa y yo en el colmo del asombro.

—Sí, señoras: doble, no os hagáis de nuevas. Por su aspecto: el clítoris y la vagina; por su actitud: tan activa como pasiva; por su ubicuidad: en un sitio el orgasmo y en muchísimos la sexualidad...

—Así es mejor —replicaba Felisa, ya tranquila—. El hombre es más simplón: se gasta en cuanto goza. Mi novio...

—Cierto, pero eso no implica que lo nuestro sea una cosa simple. Simples son un pene y un escroto; lo nuestro es una expectativa, una llamada, un recipiente donde se deposita la simiente de la vida; más, donde se configura la vida, no metafórica, sino materialmente.

Aunque no hablásemos de ellos o lo hiciésemos en abstracto, la vocación de los niños que un día tendríamos entre los brazos se hallaba detrás de todos nuestros pensamientos. Dijéramos que nuestra independencia era el fin de la vida, o que nuestro trabajo iba a ocupárnosla entera,

las tres escuchábamos sin querer las voces de los niños que, conscientemente o no, suponíamos. Era lo que resumía Felisa al exclamar:

—Ah, es que eso es mucho más trascendente que echar un polvo, hija.

—Y más largo y mucho más costoso.

—Yo no estoy descontenta de ser mujer —insistía Felisa—. Si un día quiero tener un pene, lo tendré.

—Por descontado, no faltaba más. Ya lo tienes, menuda eres tú. Pero, de momento, déjanos razonar. Porque de lo que hemos dicho...

—De lo que has dicho tú.

—De lo que he dicho se deduce una desventaja masculina. Una gran desventaja: ser hombre no es un don, es una conquista. No se reduce a tener el pene que tú dices; un hombre ha de probar su hombría: no sólo ante la mujer y ante los demás hombres, es decir, ante la sociedad, sino también ante él mismo. Sin embargo, las mujeres, nacemos ya mujeres; no tenemos que aprender a serlo.

—¿Cómo que no? —saltaba yo, que estaba siempre dándole a mi tema—. Nuestra sexualidad es reprimida y controlada hasta que llega nuestra hora, que no sabemos nunca cuál es, y también después. La educación que nos han impuesto los hombres nos ha vencido, Laura, convéncete; nos ha hecho objetos suyos.

—Ay, hija, de ninguna manera. Cómo se ve que sigues virgen. —Era Felisa, por supuesto—. ¿Por qué no vamos nosotras a conquistar igual que ellos, en competencia con ellos, como seres humanos que somos, dejando aparte la maternidad?

—Porque la maternidad no puede ser dejada aparte, o las que nos quedaríamos aparte seríamos nosotras —le gritaba Laura—. Mira, guapa, el trabajo del hombre, a lo largo de su vida, es transformar en fuerza su debilidad (en

cualquier clase de fuerza), y la fuerza bruta en fuerza inteligente, o sea, en poder, y el poder, en imposición sobre los demás, o sea, en una ley. No la ley de la selva, que es anterior, sino otra racional, artificial, humana, que se opondrá con frecuencia a la primera, a la ley natural de supervivencia. Fíjate la distancia que hay desde la destrucción de los menos dotados a decir que los últimos serán los primeros o que has de amar al prójimo como a ti mismo.

—Eso ya es religión.

—La religión es la más humana de las leyes.

—No estoy segura. Yo creo que es la más beneficiosa para ciertos grupos —refunfuñaba Felisa.

—Toda ley es provechosa para quien la impone.

—Bueno, bien —intervine yo ante el temor de que se enredaran—. Pero, si ésa es la tarea del hombre, ¿cuál es la de la mujer a todo esto?

—Las físicas, las del cuerpo: la concepción, el parto, la crianza y todo lo que llevan consigo. Desde este punto de vista el hombre es un ocioso; cuanto hace, lo hace fuera de él mismo. Su trabajo es decorativo, como si dijéramos. La Naturaleza, sin él, se habría organizado de otra forma. Su actividad, aun siendo estrictamente humana, para la especie es superflua. Sería muy difícil convencerlo, pero así es.

—¿Y el arte? —preguntaba yo, que siempre me había sentido interesada por él.

—La creación quieres decir, supongo... He ahí un enigma sin resolver —respondía Laura, un poquito aficionada a lo teatral, y para la que cuanto ella ignoraba eran enigmas sin resolver—. El creador es como un ser bisexual. No porque tenga los dos sexos o los ejerza, sino porque se acumulan dentro de él. Tiene, como la mujer, el don de dar a luz su propio sentimiento a través de palabras o de colores o de formas; y tiene, también, como el

hombre, una razón conquistadora que ordena y administra la belleza. Porque, a mi entender, todas las variedades imaginables de la creación se reducen a la bondad, la verdad o la belleza. El arte es lo que es; ni aspira a más, ni consigue más. Si alguien pretende hacer útil sus lágrimas, dejará de llorar...

Yo me acordaba de un día en que mi padre me había reñido y castigado no sabía ya por qué, y en que, llorando apoyada contra la pared del jardín en Panticosa, quise llenar de lágrimas una campanilla azul que corté de una enredadera. Así —pensaba— podrían ver junto todo mi llanto. Pero lo malo fue que dejé de llorar en cuanto me propuse llorar más y contabilizarlo. Laura seguía:

—Si alguien persigue una finalidad distinta de la de recrearse, la obra de arte será objeto de mercado y efímera por tanto. El artista es como un vehículo, un ser prestado a ideas que él no podría siquiera enumerar: un ebrio, y en la embriaguez no hay cálculo que valga. Por eso encuentro que crear se parece tanto a concebir y parir.

—Pero de todo lo que estás diciendo se deduce que la mujer es la Naturaleza, y el hombre la cultura. ¿No podrá la mujer crear también con algo que no sea su sexo? ¿No podremos nosotras hacer arte?

—Te he advertido que el creador es bisexual. La creación está siempre al margen de la división de funciones entre machos y hembras.

—No te contradigas ahora, Laura —intervino Felisa—. Según tú, lo nuestro es parir.

—No sólo eso, cuidado. A veces el poder de parir pasa a un segundo término: la mujer puede animar a su hombre en su quehacer, puede engrandecerlo y darle la importancia que él ambiciona. Así será como un motor oculto de la Historia... Y además parir no basta nunca; el instinto no basta; está el amor: el amor al hombre que nos

puso a parir —reíamos las tres a carcajadas— y al hijo que parimos y que nos representa.

—En definitiva —concluía Felisa— todo se reduce a un trueque: por su pene, su trabajo y su dinero, hemos de darle al hombre admiración, obediencia y respeto. Pues vaya un panorama.

—¿Y no hay manera de escabullirse de este callejón?

—Una veo yo a la larga: que nuestros hijos varones dejen de ser *masculinos* al modo que fueron nuestros abuelos, y que nuestras hijas dejen de ser frías y envidiosas de sus hermanos, y que se abstengan de sacrificarse por entero a un hombre, y no se confundan mirando su feminidad con ojos masculinos. De esto habría mucho que decir... Si no, la reciprocidad de los sexos seguirá siendo una utopía. Cada ser humano, hombre o mujer, ha de reconciliarse primero con su cuerpo, con la vida y la muerte de su cuerpo; de no hacerlo, jamás se reconciliará con otro ser humano, sea del otro o del mismo sexo. El hombre continuará sin ver en la mujer un igual y un colaborador; no verá más que una enemiga en potencia hacia la que le empuja el deseo, y de la que debe retirarse una vez satisfecho para ponerse a salvo. El hombre enamorado sabe que es vulnerable, tan débil como al principio: no ha hecho nada, no ha adelantado nada; está desguarnecido, enajenado (es decir, vendido), alterado (es decir, hecho otro), y ante esa circunstancia le sobreviene el miedo. Sólo una reacción de frialdad, de alejamiento, de simulación, o sea, de cinismo, le devolverá el sosiego; pero, en cambio, le arrebatará el amor... Ésa es la historia de muchos hombres y de bastantes mujeres: prefieren la potencia económica, el estatus social y el predicamento sobre los otros al amor, y de ahí que conviertan el amor, que es el único camino indefenso para salvarse, en un sentimiento de infelices e incultas mujeres.

—¿Cómo te va con tu novio, Laura? —preguntó Felisa mientras atacaba la última pasta.

—Como comprenderéis, nunca he hablado con él de nada de esto.

—Claro, claro, claro —concluyó Felisa con la boca llena—: una cosa es predicar y otra, dar trigo.

Hoy me estremece pensar que haya pasado tanto tiempo desde entonces, aunque quizá quien haya pasado tanto haya sido yo, o me ha pasado a mí.

Sea como quiera, de aspecto, el príncipe azul era exactamente Ramiro Ayerbe. Aquella tarde junto a la ermita de San Jorge yo deduje que a Laura y a Felisa les gustaba a rabiar. Y que, si él hubiera manifestado una vacilación prolongada, habría hecho papilla nuestra amistad. Pero no fue así; su intención al acercarse a nosotras quedó clara enseguida: se había acercado por mí. Yo creo —ahora, desde lejos— que fue esa elección suya la que me movió, unos años después, a casarme con él: ¿cómo iba yo a despreciar a un hombre que les encantaba a las demás mujeres?

Respecto a él pude sentirme después decepcionada en ciertas cosas; pero su físico era aquél, y no engañaba. Y si en algo no cambió nunca fue en lo que yo consideraba —y él— su principal virtud: era simpático, con labia, con una bonita voz y unas manos espléndidas que movía lo necesario para resultar más convincente. Poco después de dejar de charlar con él, su interlocutor caía en la cuenta de que, desde el primer momento, el tema había sido él y lo que a él le interesaba, y que además el interlocutor se había sentido en la gloria contestando que sí o que no según el gusto de Ramiro, y agradecido porque le hubiera permitido opinar. Nunca dejé de sorprenderme tal instintiva habilidad, sobre todo cuando pude admirarla sin estar yo implicada;

por ejemplo, cuando la ejercía para seducir a superiores y posibles clientes.

Si ahora mismo se me ocurriese preguntarme cuándo y cómo me declaró su amor Ramiro, no sabría responderme. Pienso que no se me declaró nunca. Fue, insensiblemente, dando por hecho que éramos novios. Y también mis amigas. Por más esfuerzos que hago, no recuerdo que un día les comentara: «Ya me lo ha dicho», a pesar de que había entre nosotras la mayor confianza, de que nos contábamos todo, y de que casi todo era ocasión para pasarlo bien.

Las veo ahora tal como eran... Cierro los ojos y las veo. Laura, la de más edad de las tres, aunque no mucha, era pelirroja. Su pelo encendido y su cutis transparente, rosáceo, delicado y pecoso, le daban un aire entre extranjero e infantil que ella explotaba. Felisa tenía una nariz descaradísima —muy chata, digo—, una cara redonda y una terrible propensión a engordar. Ya por entonces probaba todos los adelgazantes que veía anunciados en las revistas de farmacia, y creo que eso fue la causa de que se estropeará el estómago. «Padezco del estómago y soy gorda: una contradicción», decía riéndose. Era, de las tres, la de mejor humor; por ella sentía una especial inclinación, pese a que mi respeto era mayor por Laura, mejor preparada y mucho más sensata. Las dos se casaron el mismo año: una en mayo y la otra en octubre, recién terminadas las licenciaturas. Sus maridos, compañeros de universidad, se habían instalado un año antes en Huesca, a instancias de ellas. Marcelo, el de Laura, era abogado laboralista; Arturo, el de Felisa, pediatra. Ellas no tuvieron obstáculos para instalarse; sus familias eran acomodadas, y no hicieron más que cumplir lo que más o menos tenían proyectado: Laura abrió una librería en una calle céntrica, no lejos del mejor hotel; Felisa, una farmacia en un barrio nuevo de

gente adinerada. Mi trayectoria, como era de esperar, fue muy distinta.

Mi padre —a mi madre apenas si llegué a conocerla— había perdido su fortuna, que nunca fue muy grande, hacía tiempo. Bastante esfuerzo hizo con pagarme los estudios fuera de la ciudad. Una vez concluidos, yo sentía remordimientos por seguir viviendo a su costa. Me angustiaba no encontrar un trabajo que respondiera a mi preparación. Di clases de literatura en un colegio de monjas; pero sólo duré allí un trimestre: supongo que me encontraron demasiado moderna, puede que subversiva. Mi padre procuraba animarme:

—Vente a la cerería conmigo. Yo necesito ya a alguien que me ayude.

Pero no era verdad; en la cerería, que había abierto cuando su familia se quedó sin dinero, cada vez entraba menos gente, y yo no pintaba nada en ella mano sobre mano.

—Me siento torpe. Me es imprescindible tener una persona en casa —insistía mi padre, con la intención de que yo me sintiera provechosa y no me desmoralizara.

—Gracias, pero no es cierto. He estado cinco años fuera, y tú te las arreglabas estupendamente sin mí.

Mi hermano Agustín había entrado también en los seguros, y vivía con su novia. Trabajaba a las órdenes de Ramiro; aunque Ramiro no mandaba mucho todavía.

—Este Ayerbe tiene porvenir —decían todos—; mucho porvenir. Llegará donde quiera.

Quizá era él quien lo sugería y los demás se contentaban con repetirlo sin caer en la cuenta. Ramiro fue siempre tomado como muchacho modelo: el ídolo de las madres con niñas casaderas y también de las niñas casaderas.

De ahí que yo me reprochara tantas veces mi frialdad con él, y alguna —he de decirlo— le reprochara sin palabras su frialdad conmigo. La atribuía a su religiosidad: era muy devoto; iba a misa todas las mañanas y me empujaba a ir a mí, y cada tarde hacía una visita a alguna iglesia antes de reunirse conmigo o antes de que yo lo recogiera a la puerta de la que me indicara. En alguna ocasión me besó, pero sólo en los labios, y, cuando nos despedíamos, en las mejillas. A menudo cogía mi mano entre las suyas y hablaba de sus cosas, hasta que subrepticamente yo retiraba mi mano, que se me estaba quedando dormida, sin que él lo percibiera.

Después de un año de buscar un puesto de trabajo en vano, aburrida y humillada, un anochecer de sábado, a la salida de misa en San Lorenzo —era noviembre y hacía ya frío—, Ramiro me preguntó, con una naturalidad tan grande que parecía fingida, que por qué no nos casábamos. Yo tenía los ojos en el suelo, que estaba lleno de hojas; con una mano contenía mi falda que el aire levantaba. Por la tarde estuvimos, mientras el sol ardía en la copa oxidada de los castaños, en la rosaleda del parque, donde los novios solían apartarse para estar juntos debajo de las rosas que ahora no había, y yo me preguntaba para qué Ramiro y yo estábamos allí... Levanté los ojos del suelo, le miré a los suyos, y le dije también con naturalidad:

—Tienes razón, ¿por qué no nos casamos de una vez?

No me embargaba la menor emoción, y me lo eché en cara dentro de mí, porque todo coincidía en hacerme creer que estaba enamorada. O por lo menos, todos los de alrededor, con sus palabras y con sus actitudes.

Las bodas, más cuanto más convencionales, son siempre un poco cursis. Ninguna resiste la prueba pasados unos años. Es muy difícil resultar normal cuando se va dis-

frazada y se anda y se gesticula de una manera totalmente insólita. Ramiro había organizado la boda más convencional del mundo. No quiso que fuese en San Lorenzo, porque allí se casaba demasiada gente y él quería que fuese algo distinto. No quiso que fuese en San Pedro el Viejo, que era mi parroquia, porque allí se casaban los intelectuales y los avanzados, con cuyas ideas él no comulgaba.

Eligió la catedral, porque —eso decía— le proporcionaba una sensación de solidez y de fastuosidad que subrayaría la importancia de la ceremonia. En el fondo, la sensación que le proporcionaba era la de haber llegado ya donde aspiraba ciega y seguramente a llegar.

Pisando el atrio, antes de que empezaran los primeros acordes de la marcha nupcial, yo recordé, sin saber la razón, la pila del agua bendita de San Lorenzo, plana, con sus once hoyitos alineados en curva y uno más en cada extremo, donde el agua se refugiaba y en los que yo, de niña, en brazos de mi padre, me mojaba casi entera las manos. Y recordé el claustro de San Pedro el Viejo, tan severo y tan proporcionado, en el que sólo se hundía lo añadido siglos después... Cuando alcé la mirada ya se oía el órgano. Vi el hirviente y aparatoso retablo de alabastro. Avanzaba entre los arcos apuntados igual que en un teatro; por mucho que hurgaba dentro de mí, no sentía devoción ni exaltación. Me atraía el pasado, no el presente. Al mirar a la izquierda porque una señora alzó la mano para saludar, vi la santa Lucía de mármol blanco, y tropecé de pronto con la niña que fui como si se me hubiese puesto delante, sobre la alfombra, en el pasillo. La niña de aquellas Navidades en que mi padre me llevó a un pueblo de Somontano, no lejos de Barbastro, donde había de entregar cirios y velas para la fiesta de la santa, y oí a las otras niñas, coloradas y felices, que cantaban por el aguinaldo...

*Santa Lucía bendita
nos viene a visitar,
con los ojos en el plato
pidiendo la caridad.*

*Ángeles somos,
del cielo venimos,
chullas y huevos pedimos...*

¿Qué había sido de aquellas pequeñas que vociferaban de puerta en puerta? Ahora yo estaba allí, casándome, sin diferenciar unas de otras las enrevesadas historias del retablo. Me esforcé en concentrarme y en desechar cuanto no formara parte de la ceremonia. Por fin me encontré frente a Ramiro y pensé: «Qué guapo está». Por su expresión imaginé que él había pensado igual de mí.

Mi traje —regalo suyo y a su gusto— era para mí un poquito demasiado impresionante. Lo que con él Ramiro había querido era sin duda impresionar y lo consiguió; excesivos perifollos y arrequives y una cola excesiva. En lo único que me hice fuerte fue en el tocado porque no quería parecer esa tarde una mujer distinta; vestida de rara, pase, pero yo misma.

Nos casó el padre Alonso, que era confesor de mi marido y que sólo nos llevaba unos pocos años. En el discurso le dio la manía de hablar de cheques y de compararlo todo con efectos bancarios. Vino a decir que el matrimonio es como un talón en blanco; pueden escribirse en él cantidades fabulosas, pero nada se hará efectivo sin la firma del titular de la cuenta, que sólo es Dios.

—Este cheque de hoy —añadió— tiene esa firma por anticipado. El número de ceros lo aumentarán Desi y Ramiro a medida que lo vayan necesitando, porque vendrán los hijos que son la flor y el fruto del matrimonio, y también al

ritmo que se pongan para todo cada vez más de acuerdo, porque desde hoy son dos *in caro una*, en una sola carne.

Yo pensaba que, al fin y al cabo, el padre Alonso era el presidente del Monte de Piedad y que esas alegorías económicas no le eran tan ajenas.

Todos los invitados se hacían lenguas de la buena pareja que formábamos y de lo fantástica que se nos presentaba la vida en común. Los jefes de Ramiro vinieron acompañados de sus mujeres, protocolarias y muy vestidas, y mis amigas, más o menos embarazadas, con sus maridos. Se notaba la admiración en la mayor parte de las caras, y la envidia en algunas: en la de mi cuñada Adela, por ejemplo. Mi padre, que fue el padrino, se echó a llorar en medio de la velación. Me incliné hacia él, a pesar de que la madre de Ramiro, de madrina, me dio un codazo reconviéndome. A través del novio le oí decir:

—Si tu madre te viera...

Le tiré un beso con la mano, con lo que conseguí que llorara aún más fuerte. Al siguiente día, en el diario, el cronista de sucesos escribió que nos habíamos casado «con la enhorabuena de los ángeles y con el aplauso de los ruiseñores». No tardé en comprender que se había equivocado.

Escucho la llave. Es Yamam que llega. Por fin. Bendito sea.

LLEVO VARIOS DÍAS preguntándome por qué me lancé a escribir este cuaderno. Me vienen a la cabeza multitud de razones, pero ninguna de ellas es válida. Antes (iba a escribir en mi otra vida) leía muchos libros; leía sin ton ni son.

Con ello entretenía mi aburrimiento y procuraba distraer mis penas, hasta el punto de negarme a mí misma que las tuviese. Aquí no tengo libros, ni ganas de leer, ni tampoco penas: soy feliz. Podría sugerirme que escribo para llenar las larguísimas horas —o se me hacen larguísimas— en que estoy sola; pero yo sé que no me encuentro sola: a solas, puede —muchas mujeres en este país lo están—, pero sola, no. Tampoco creo que la verdadera razón sea ejercitarme en un idioma que acaso —y no me lo cuestiono— empiece a olvidárseme. Sí sé que no hablo, ni deseo hablar nunca aquí, otro idioma que el mío y con la persona que ahora lo hablo.

Lo cierto es que, con esta letra deformada por haber tomado tantos apuntes y tan de prisa en la universidad, no escribo para nada en concreto; no escribo para nadie, ni para mí siquiera. No intentan estas páginas, que no se dirigen a ningunas manos ni en particular ni en general, que nadie me ame más, ni que alguien me perdone, si es que necesito perdón, ni que un imposible lector me comprenda. No trato de poner en claro mis sentimientos, ni los sucesos que a ellos me llevaron, para conocerme mejor yo misma. Lo que escribo no me compensa de nada; no suple pérdida ninguna; no multiplica, por expresarla y dejar constancia de ella, ninguna ganancia; no procura, a conciencia o sin consciencia, sublimar ningún estado de ánimo. Sencillamente no sé por qué escribo, si es que el escribir necesita un porqué...

O quizá sí. Quizá escribo para sentirme materialmente más acompañada cuando él no está. Y quizá porque, para el que ama, proclamar que ama, aunque sólo sea ante él mismo, es una satisfacción tan grande casi como la del amor. Un amor del que no nos sintamos orgullosos y que escondamos entre silencios y reproches, apenas si es amor, y en todo caso quedará sin ecos y reducido, por lo tanto, a

su anécdota. Para mí el amor es, como decía de la gracia de Dios el cura que nos daba religión en el instituto, *diffusivum sui* (no sé si se escribirá así), algo que tiene vocación de expandirse lo mismo que un sonido, que un olor o una luz. Por eso se me ocurre que a lo mejor este cuaderno será como un devocionario dedicado a él (a Yamam digo, que es para mí el amor), como una agenda en que su nombre llene todas mis ocupaciones de cada día cuando no está él presente. Porque cuando lo está, él es mi agenda.

De todas formas, sé que estas páginas carecen no sólo de destinatario, sino de destino, al contrario que yo. O acaso me engaño (me propongo dejar expresas aquí todas mis dudas) y secretamente espero que un día él las leerá. Sin embargo, eso sucedería contra mi voluntad; al menos contra mi voluntad de hoy, que es la que me mueve a escribirlas.

La desnuda sinceridad con que planeo reflejarme en este papel no muy bueno que he comprado en una papelería infantil, y el propósito de no ocultar y de no ocultarme nada, no los he tenido siempre. Recuerdo que, a los dos días de regresar de mi viaje de novios, yendo a la librería de Laura, me topé con el padre Alonso. Fue en la plaza del Gobierno. Estaban en flor los castaños y una brisa templada movía los fuertes plátanos. Nos hallábamos no lejos de la fuente pública de hierro, ahora seca, junto a la que yo me detenía, durante todo el bachillerato, en la vuelta a casa desde el instituto. En su pequeña pila se quedaban heladas las primeras aguas de lluvia... El sacerdote me preguntó qué tal me iba. Le había dado la mano, y él se quedó un momento con ella entre las suyas. Me miraba con mucha atención esperando mi respuesta. Durante unos segundos no supe qué decirle. Oculté mis ojos en la fuente, ya oxidada e inútil. Él insistió:

—¿Va todo bien?

En un instante decidí —bueno, no sé si lo decidí entonces o lo había hecho ya— no decir nunca la verdad. Ni a él, ni a mis amigas, ni a nadie. Ni a mí misma. Apunté una sonrisa.

—Sí; muy bien —le contesté.

—No podía ser de otra manera —comentó él.

—No; no podía —dije volviendo los ojos a la fuente.

Entre varias posibilidades, habíamos resuelto a tientas Ramiro y yo pasar nuestra luna de miel en el Caribe. Empezaríamos por Colombia, para llegar hasta donde llegara el presupuesto. Su entusiasmo me contagiaba. Nuestra primera etapa era Madrid, donde debíamos dejar el coche (a Ramiro le encantaba conducir: «Me da fuerza y confianza; me tranquiliza») y tomar el avión hacia Bogotá. Pero salimos demasiado tarde, y estábamos cansados de la ceremonia, de la fiesta y de los preparativos. Ramiro sugirió pasar la noche de bodas —recuerdo que él dijo simplemente la noche— en el Monasterio de Piedra. Dentro del coche yo iba cogida de su brazo y con la cabeza sobre su hombro.

—¿Te dejo conducir bien?

—Hasta hoy no conocía esta manera. Hacerlo al alimón es mucho más sabroso de lo que suponía.

Sin dejar de mirar al frente, me besaba de refilón, y yo posaba mi mano sobre la suya en el volante. Cuando llegamos a Nuévalos eran más de las doce. Yo recordé en lo oscuro, al fondo, la arcada casi italiana de una casa cuya pared era de un azul gris; desde que la vi por primera vez me había encantado. La noche era muy tibia. En el monasterio todo estaba en sombras. Delante de la entrada me estremecí al ver un árbol colosal, callado, seco y frío. Me refugié en Ramiro y, a pesar de ello, tropecé al bajar las anchas escaleras.

Me viene con claridad a la memoria el ruido de nuestras pisadas en una galería de altas bóvedas góticas que da a un patio tenebroso. Íbamos con las cinturas enlazadas; nuestros pasos resonaban juntos; detrás se oían otros, más breves y pesados, volví la cabeza y vi a un mozo que llevaba parte de nuestro equipaje.

—Desde hoy usaremos los dos las mismas maletas —dijo Ramiro, y me pasó un brazo por los hombros.

En el patio, si es que lo era, se oía el aire pasar y repasar entre los árboles.

Yo salí del baño con ese camisón y ese salto de cama, tan historiados como innecesarios, que llevan en su ajuar las recién casadas. Al ponérmelos, el satén me produjo un escalofrío.

—Estás preciosa así.

Me hizo dar una vuelta completa y me abrazó. Yo sabía lo que iba a suceder a continuación, pero estaba tranquila: confiaba en Ramiro.

—Vuelvo enseguida —dijo, y entró a su vez en el cuarto de baño.

Yo vacilaba entre esperarlo de pie, fingiendo hacer algo o buscar algo en el neceser, o esperarlo sentada fumando un cigarrillo, o echada ya en la cama. Cada una de esas posiciones denotaba una postura interior y casi una forma de ser. Me pareció más lógica y directa la última: dejé el salto de cama sobre un sillón y me introduje entre las sábanas. Estaban frías y un poco húmedas. Sentí un nuevo estremecimiento. «No pasa nada, tonta», me dije en alta voz. Pensé en mi madre, y me pregunté por qué pensaba en ella. Me habría gustado que estuviera cerca. «Probablemente lo está». O que estuvieran en una habitación próxima Laura y Felisa. «Niñerías y sandeces. Detrás

de aquella puerta está tu marido. Dentro de un minuto se abrirá y saldrá él, te estrechará entre sus brazos y te poseerá. Al principio quizá te duela un poco, pero sabes de sobra cuánta literatura se le echa a estas cosas». Deseaba a Ramiro; deseaba estrechar también su cuerpo; verlo desnudo, y que él me desnudara. «Qué alegría más grande: el deber coincide por fin con el deseo».

En efecto, se abrió la puerta del baño. Ramiro no apagó la luz de dentro; lo vi contra ella; no se había puesto nada.

—¿Quieres apagar desde ahí las demás luces?

Obedecí. Ramiro se había quedado inmóvil. Yo veía su espléndida silueta, con las piernas entreabiertas y una mano ligeramente levantada. Le tendí los brazos. Se acercó. Se sentó en la cama. Nos abrazamos con dulzura y sin prisas. Luego él echó hacia los pies de la cama la ropa que me cubría. Con delicadeza, desató los lazos de los hombros de mi camisón y, sosteniéndome, lo sacó por abajo. Yo pensé que habría sido más fácil sacármelo por la cabeza, pero lo pensé muy confusamente. Nuestras bocas no se despegaban una de otra. Me acariciaba las espaldas, las nalgas, los muslos. Yo acariciaba sus espaldas, que me parecían más anchas que nunca, sus nalgas y sus muslos. Mis pechos se rozaban contra su pecho, y él se inclinó para besármelos. Las brumas del deseo no me dejaban ver ninguna realidad —tampoco quería verla yo—, ni medir el tiempo que pasaba... Sin saber bien la causa, quizá por percibir una distracción suya, como si hubiese hecho un mínimo e intempestivo aparte, me separé de él y abrí los ojos. Ramiro me estaba mirando. Sonreía con una sonrisa infantil y avergonzada, como la de un niño sorprendido en una travesura.

—Te quiero tanto que no soy capaz de demostrártelo. Pero no te preocupes: pasará. ¿Tú me quieres? —Me acariciaba el pelo.

—Sabes muy bien que sí. Ahora quiero ser tuya. Ven ya —dije casi en su oído.

—Eso querría, pero... Nunca me había ocurrido antes. Será que estoy cansado.

Sólo entonces entendí lo que insinuaba. Podía haberle preguntado qué otras veces y con quién había hecho el amor, no obstante preferí decirle:

—No me importa. De verdad. Bésame.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que fue quedándose dormido. Yo fingí que dormía mucho antes; incluso sospeché que él lo fingía también. Habíamos olvidado correr las cortinas. Una luz que se hacía más y más nacarada entró por la alta ventana que daba a un claustro muy extenso. El cuarto entero tomaba un aire fantasmal. Yo oía la respiración acompasada de Ramiro. Pensé de nuevo en mi madre, y me dormí sobre ese pensamiento. Era como si tuviese apoyada mi frente en sus rodillas y ella me cantara, lejos y dentro de mí a un tiempo, una nana vulgar.

*Duérmete, niña mía,
que viene el coco
y se come a las niñas
que duermen poco.*

Era abril, pero en Cartagena de Indias hacía mucho calor. Vivíamos en un hotel grande, pintado de rosa y con ventanas verdes. Nuestra habitación daba a un corredor descubierto desde el que se veía un jardín con una vegetación admirable. Los esbeltos árboles desconocidos tenían hojas acharoladas de un verde intenso; las flores se amontonaban unas sobre otras con sus colores imprevisibles. Unos loros y unas guacamayas garrían desde sus perchas o desde las ramas de los árboles floridos. El hotel estaba cer-

ca del mar, pero sólo un par de veces bajamos a la playa, demasiado llena de vendedores, de bañistas, de puestos, de carritos. Nos conformábamos con bajar a la piscina. Tendidos en las hamacas, entre breves chapuzones y vagas frases, entrelazadas las manos hasta que el sudor las ponía resbaladizas, pasaban sin sentir las horas perezosas y perfumadas. Al atardecer íbamos en taxi a la vieja ciudad; bebíamos unas copas sobre las murallas; visitábamos de pasada alguna iglesia o algún patio colonial. Una mañana fuimos hasta el santuario de la Popa. Allí nos hicimos una fotografía con un ay, el perezoso, un animal lentísimo, que me pareció un niño enfermo y ofendido. Me entraron ganas de llorar al verlo posar en brazos de unos y otros turistas, alquilado por un hombre renegrido y tuerto.

Ramiro me compraba en cualquier sitio flores de nombres que en España significan otra cosa, y yo preguntaba el de algún árbol especialmente hermoso. Ahora recuerdo los árboles, pero no los nombres que les daban. Salvo uno, que se llama lluvia de oro.

Un día, muy temprano, salimos hacia las islas del Rosario en un barquito frágil. Nos acompañaban otras parejas, algunas de ellas mayores y con niños. Una, de casi ancianos ya, nos miraba con ternura adivinando que éramos recién casados.

—¿Tú crees que se nos nota tanto?

—¿Me lo notas tú a mí? —me respondió Ramiro.

Tenía en los ojos una gran tristeza. Yo apoyé mi cabeza sobre su hombro y lo besé en el cuello. Pasamos calor, pero fue un día hermoso. Vimos pájaros exóticos, pelícanos grises (comprendí que se llamaran pelícanos), aguas a las que las diferentes clases de corales teñían de matices prodigiosos; un acuario con peces indecibles, con grandes tortugas y pequeños tiburones. Vimos animales que semejabán vegetales, y plantas que semejabán animales.